

Jardín en movimiento

(Consolación a Alejandra Pizarnik)

David Moreu



Quiero
existir como la que
soy: una idea fija.
Quiero ladrar, no
alabar el silencio del
espacio al que se nace.

ALEJANDRA PIZARNIK

Flora, te he leído como quien lee al mundo, y he vivido en tus símbolos y emblemas como quien contempla los hechos fundamentales de la existencia: ver un pájaro posarse en una rama, la primera vez en que un infante abre los ojos, el gesto con el que los hombres viejos se cubren el rostro por la vergüenza que les causa el miedo a la muerte. He analizado tus palpitos, tus inclinaciones, las extrañas particularidades de tu carácter, con la sorpresa y la afabilidad con la que se observa la manera en que cualquier luz, sea un farol, una luciérnaga o una estrella, irrumpe en la noche; la manera en que el humo del cigarrillo y la niebla de las montañas se disipan, como si su único destino fuese desaparecer.





En síntesis, te he leído, te he vivido, te he analizado, y ello me ha servido para intuir cómo es que se articula en ti ese dolor, esa molestia que recorre todo tu cuerpo y pide con desesperación salir. Esa angustia que justo cuando está a punto de desbordarte conviertes en palabras, dándole un ritmo, una dirección, un camino delicado y preciso. Entre más ha vibrado la pena, más has intentado escribirla, con la intención de impedir que te sobrepasara, y en ese camino te has dado cuenta de que tal vez el lenguaje no ha logrado expresar lo que tú querías expresar, o por lo menos, no ha logrado asir la realidad en la manera en que supuestamente era capaz de hacerlo.

Tal vez te preguntabas cómo romper ese círculo, cómo perforar el vacío con una plenitud que no se deslizara en él, sino que de verdad lo llenara. Intentando responder esa pregunta, con el fin de darle una respuesta a la angustia de tu ser y tu lenguaje, es que he escrito estas palabras.

Mi propósito es, entonces, erigir puertas y sugerir caminos que te permitan reinventar y transformar la relación entre tu escritura y el mundo, para que veas algo más que su separación, que la infranqueable ausencia de su vínculo. En aras de lograrlo, no haré más que volver una y otra vez sobre la relación entre mis letras y el mundo, para intentar, por medio de ello, conseguir herramientas y labrar senderos que me permitan ayudarte. Acto seguido, pasaré a tu caso y ahondaré en tu relación intentando aplicar todo lo anteriormente aprendido, con el fin de saldar tu deuda, de impulsar tu cuerpo para que funcione como un puente entre los precipicios.

Desde el principio creciste en las antípodas, en la periferia. Tu familia llegó como extranjera de Europa a Argentina, intentando buscar un lugar, un refugio. Así mismo, tú buscaste tu centro, algo que te perteneciera, que pudieras llamar tuyo, y en ese tránsito encontraste tu herida, de la que te apropiaste, sin

saber si estaba allí desde tu nacimiento o desde el desgarró constante del devenir de sentirte extranjera. Conforme seguías creciendo, encontraste la literatura y la pintura, y con ello la herida, gracias a la literatura se hizo palabras y gracias a la pintura se hizo espacio. Ahondaste en ellas dos por medio del poema, de manera que tus escritos se convirtieron en un *espacio de revelaciones*. Pero no bastaba, había que ir más allá, y hacer de ese espacio un agujero, un abismo, un *pasadizo para la trascendencia*. Entonces, mientras intentabas sanar tu herida atravesándola con los hilos que unen la escritura a la realidad, te diste cuenta de que en mitad de estas dos se encontraba un vacío, una ausencia. Pensaste, a lo mejor, que las palabras solo aludían, solo señalaban, mas no *eran*, no *encarnaban*, no *expresaban* la realidad. Ahí fue cuando te preguntaste: “Si digo agua, ¿beberé? Si digo pan, ¿comeré?”, llena de angustia y, claro, también de temor.

De manera que me aventuro a decirte todo esto porque es posible que hayas olvidado que la relación entre la escritura y la realidad consiste en vivir la vida que nunca cesa de alimentarla, y no en redundar en el ciclo de obsesiones, ensimismamientos y sujeciones que a veces se disfrazan de ella, que parecen contenerla y que constantemente buscan habitarnos.

En mi caso y también en el de muchos otros hombres, la escritura me ha sido revelada como una deuda. A medida que el hombre crece, adopta una serie de hábitos, prácticas y costumbres que le permiten desarrollarse tanto en lo individual como en lo colectivo, tanto física como mentalmente. No obstante, para la gran mayoría de seres, como tú bien lo sabes, la vida no se reduce a una serie de acciones de supervivencia o de distracción, sino que existe una necesidad de conocer la función y la posición que se tiene en el mundo, frente al flujo de la realidad. Algunos encuentran esa función en el trabajo mismo, entonces reducen su vida a una serie de acciones determinadas que condu-





cen a ciertas consecuencias y que brindan unos frutos específicos. Otros encaminan su vida hacia la investigación, buscan desentrañar la estructura que compone el mundo y tanto sus prácticas como sus motivaciones se basan en conocer, reconocer y experimentar. Por otro lado, están los que, como tú y yo, sienten la irreductible necesidad de la expresión, de expresar todo lo que contemplan y lo que experimentan a través de un medio que permita reinventar, transformar y representar la realidad siempre de distintas y nuevas maneras. En esto último radica la deuda artística o literaria: en no poder ser de otra manera que a través de ese complejo sistema de expresión que son las letras. Kafka, con quien compartimos un destino y un destierro, fue en cierta ocasión analizado por un grafólogo a quien Felice, su prometida, le había mostrado alguna de las cartas que él le enviaba. Aquel hombre, en medio de sus análisis, afirmó una serie de cosas, entre las cuales llegó a asegurar que Kafka era una persona que se interesaba en la literatura. Franz, lleno de rabia por el alto grado de incompreensión del grafólogo, le recriminó a Felice haberlo contactado, puesto que sus afirmaciones habían sido totalmente falsas, ya que, según sus propias palabras: “Yo no me intereso por la literatura, yo estoy hecho de literatura, no soy ninguna otra cosa ni puedo serlo”. Al igual que Kafka, ese prisionero en la jaula de su libertad literaria, existen muchos seres como nosotros, Alejandra, cuyo destino se basa en el llamado inquebrantable que les pide saldar su deuda con la realidad que mana y que necesita ser transcrita, presentada y expresada por medio de las palabras.

De igual manera, la escritura se me ha presentado continuamente como trascendencia. Pero no como ese más allá trivial y monótono que busca la sobreabundancia de sentidos y de significados, sino como una palabra que busca ser más que palabra, como un lenguaje que busca ser más que un lenguaje, como

un intersticio que busca sembrarse en todas las cosas para ver qué más hay en ellas aparte de su sencillez, de su superficie, de su articulación diaria. Hablo de una trascendencia que busca fundar una realidad más dinámica y más amplia a partir de la realidad previamente dada, o que, de otra manera, busca tener en ella los elementos más concisos, más delicados y más vastos de una realidad que pueda que no necesite fundarse de nuevo, pero que sí necesita aprehenderse y revisarse con mayor profundidad. Buma, tú conoces esa trascendencia, esa en la que hay una “realidad total perceptible en un instante que es todos los instantes”, ese lugar que “obra como llamamiento”, que es la oportunidad de invocación, de transformación, de reinención. Ese espacio del que se valen los hombres para armar palabras con las que sus rostros tomen otras facciones, con las que sus dedos pulsen otras cuerdas, con las que ellos mismos sientan que las líneas de sus manos han cambiado, y que la realidad, curiosamente, se presenta siempre de nuevas y distintas maneras.

Siento que esa deuda que nos reclama y que esa trascendencia que buscamos puede llegar a trastocar la claridad, a turbar nuestra mirada. De hecho, siento que tu obsesión por la palabra pura y que tu viaje, a veces obsesivo, por las honduras del lenguaje ha sido tan gratificante como dañino. No porque no deba hacerse, sino porque debe llevarse a cabo teniendo en cuenta que todo camino debe recorrerse en la multiplicidad de rutas, de vías y de alternativas, y no en un sola dirección, que puede llevar a un monólogo incesante, destructivo, infructuoso. En gran parte de tu vida, el compromiso con tu escritura y la necesidad de hacer frente a todo límite te ha llevado a conocerte y a ahondar en los mundos que te contienen y que te conectan con otros espacios cercanos o paralelos. Sin embargo, te has enfrascado en un diálogo unidireccional que no te ha dejado ver, ni ser, ni estar más allá de ti, de todo lo que crees ser.





Por eso es que me parece más que necesario que, en primer lugar, te distancies de las palabras por un momento y te sumerjas en el amplio escenario de las artes en general. Flora, como tú misma lo has dicho, los dibujos, y también la pintura, son como llamamientos o rituales, son una oportunidad de invocar la existencia a través de las figuras y de los colores. Aprender la realidad por medio de las imágenes en lienzo o en el papel, y no solo por la transcripción de estas en forma de palabras, te puede enseñar a contemplar el mundo siempre desde nuevos enfoques y por medio de variadas perspectivas. La música, por otro lado, es una manifestación que te permitirá conocer tus ritmos internos, la cadencia de tus gestos, el compás de tus reacciones. En el caso de la danza, te sería posible volver a conocer tu cuerpo, la articulación de tu carne, descubriendo zonas que se han ido ocultando con el tiempo. A veces entablar una conversación con los dedos meñiques de los pies resulta más gratificante que llegar al culmen de un poema o que delimitar el inicio de una reflexión. Está, por otro lado, la escultura, que te brinda la posibilidad de encontrarte con otros cuerpos y de reconocerte en ellos, pues serías tú quien los crearía. No solo cuerpos de palabras, sino cuerpos de materiales que abundan en la tierra y en la naturaleza: cuerpos de madera, de cobre, de hierro, de bronce y de yeso.

Todas estas artes pueden desempeñar en ti la misma función: servir como una distancia necesaria para que reinventes tu relación con el mundo, y que, a través de ello, puedas volver posteriormente a las palabras para encontrarlas frescas, maleables, y para intentar trazar de nuevo el vínculo entre ellas y la realidad.

Así mismo, la filosofía puede servir como una herramienta que te otorgue una posibilidad de reconocimiento de ti misma y del mundo. En ella puedes encontrar las bases de la

reflexión, la investigación y la reapropiación de ciertos mundos, escenarios o fenómenos que, quizás por estar excesivamente enfocada en lo literario, has olvidado. Recuerda y ten en cuenta que no hablo de un estudio árido y llanamente sistemático, que se complazca de acumular datos y de enfrentar teorías, sino que lo que trato de hacer es reavivar en ti el cordón umbilical que te une a la realidad por medio de una reflexión tan sincera, tan auténtica y tan continua como la que posibilita un verdadero estudio de la filosofía, que te permita pensar hasta el cansancio y descubrir hasta el asombro de qué manera puedes relacionar lo que dices del mundo con lo que está presente en él.



Las artes, igual que la filosofía, te pueden permitir distanciarte, las primeras para sentir y percibir el mundo de otras maneras, y la segunda para pensarlo, para ahondar en tu condición de ser, estar y existir. Una vez hayas pensado y sentido el mundo hasta sus últimas vertientes, hasta sus últimas consecuencias, la relación que traces entre tus palabras y él será más concisa y, sobre todo, más amplia. Pues, después de todo lo que hayas reflexionado, después de todo lo que hayas creado y recreado, cómo no tener en cuenta la multiplicidad, cómo no tener en cuenta la amplitud.

Alejandra, mi pájara aparentemente enjaulada, pero en realidad permanentemente libre para mí, y sé que para muchos otros también. Si para ti el jardín es el centro del mundo*, entonces para mí tú eres un jardín en movimiento, es decir que el centro del mundo, anudado a ti, está constantemente moviéndose y agitándose dentro de tu cuerpo, dentro de todo tu ser. Tal vez ahí radique tu impaciencia, tu angustia, tu herida

* "Una de las frases que más me obsesiona la dice la pequeña Alice en el país de las maravillas: 'Solo vine a ver el jardín'. Para Alice y para mí, el jardín sería el lugar de la cita o, dicho con las palabras de Mircea Eliade, el centro





fundamental. El caso es que con estas palabras no espero otra cosa que ir más allá de ellas. Espero trazar un vínculo entre esto que te digo y la posibilidad de causar algo realmente hondo en ti; el mismo vínculo que tú buscas crear y que te he visto tejer en tus poemas, entre el lenguaje y la realidad. No sé si lo logre, y tal vez la realización del propósito no sea lo importante, no sea lo que nos toque y nos dictamine; tal vez lo relevante sea abrir la puerta, asomarse a ella e intuir qué es lo que puede haber detrás, qué es lo que su interior abarca. Creo fervientemente que estas palabras son solo el caparazón, la armadura, la vestimenta que lleva a una desnudez, a un silencio que nos llama esperando que lo encontremos y que tal vez sea el vínculo que hemos estado buscando sin cesar.

del mundo. Lo cual me sugiere esta frase: El jardín es verde en el cerebro. Frase mía que me conduce a otra siguiente de Georges Bachelard, que espero recordar fielmente: El jardín del recuerdo-sueño, perdido en un más allá del pasado verdadero." (Alejandra Pizarnik).